

II.

Si; no duran más que un día las flores de nuestros campos: mas elevemos nuestra consideración para contemplar aquellas otras, que según el lenguaje de la Iglesia, gozan de una florescencia eterna. “El justo—dice en uno de sus oficios—“florecerá eternamente delante del Señor.”¹

Estas flores nacen en el jardín de la Iglesia, bajo el influjo de los rayos del divino sol de justicia, que es Jesucristo, regadas por los rocíos de la predicación evangélica y de la divina gracia.

De estas flores nos habla el sagrado Esposo de los Cantares, cuando dice: “Las flores han aparecido sobre nuestra tierra,”² y á ellas se dirigen estas palabras del Eclesiástico: “¡Oh flores, floreced como el lirio; derramad vuestros perfumes, extended vuestros graciosos ramos, y cantad vuestros cánticos de alabanza, bendiciendo al Señor en sus obras.”³

Oigamos cómo explica San Ambrosio lo que debemos entender por estas flores, ó más bien lo que ellas significan:

“Los árboles que florecen en el jardín de la Iglesia, son fecundísimos en todo género de virtudes; por una parte aparecen llenos de frescura y lozanía por la castidad, la piedad y el santo amor al silencio; por otra, las humildes violetas de los confesores, los blancos lirios de las vírgenes y las purpúreas rosas de los mártires.”⁴

Así es que las flores simbolizan á un mismo tiempo las virtudes cristianas y todas aquellas almas justas y santas que han sabido engalanarse con el hermoso ropaje de esas virtudes.

El mismo San Ambrosio sigue todavía mirando en los espíritus angélicos, como otras tantas flores del cielo, porque los hermosos y brillantes colores de cada una de ellas, le traen á la memoria la belleza y la gloria de los Angeles y de los bienaventurados.

Las flores que adornan el cuadro de un jardín se abren ahí, presentando á la vista varios matices. “Lo mismo sucede—dice San Gregorio—con aquellas que nacen en el campo de la Iglesia, porque cada virtud tiene su belleza propia, y aunque los Santos y los Angeles tienen diversos grados de claridad, sin embargo, todos ellos tienen un mismo brillo celestial y exhalan un mismo perfume, puesto que todos de consuno derraman el buen olor de Jesucristo.”⁵

III.

No podemos nombrar las flores sin hablar de los frutos, porque la Santa Escritura se complace en unir muy frecuentemente estos dos símbolos.

¹ In Offic. Conf. non Pont.

² Cant. II, 12.

³ Eccli. XXXIX, 19.

⁴ Com. in lib. XII, in Evang. Luc. cap. XII.

⁵ Hom. in Exech. lib. I, hom. 6.

LAS FLORES.

Belleza y fragilidad de la flor.—Las flores del jardín de la Iglesia.—Flores y frutos.—
Jesús, flor del campo.

I.

DIOS, que ha embellecido tanto la naturaleza, parece que ha reservado para las flores los más ricos tesoros de la hermosura. ¡Cuánta belleza, cuánta elegancia, y qué variedad tan grande observamos en sus formas y colores! Pero al mismo tiempo, Dios quiso que la más bella de sus criaturas fuese también la más frágil.

Bajo el hermoso símbolo de las flores se encierra una importante lección. Dios ha sembrado de flores el suelo que pisamos, para advertirnos que todo pasa. Él ha dicho por boca de Job: “Que el hombre nacido de mujer, es flor; que apenas nace, cuando se marchita.”¹

Y en verdad dice San Gregorio: “La carne del hombre luce un momento sobre la tierra; pero es pisoteada en el instante mismo en que la muerte la va á corromper.”²

De este lenguaje usó el Rey Profeta, cuando dijo: “Que el hombre florece como la flor del campo. *Homo . . . sicut flos agri, sic efflorevit.*”³

“Todos los esplendores del mundo—agrega San Agustín—como las riquezas, el poder, los honores y la hermosura, pueden muy bien compararse con la flor. Una casa, una familia entera, llega á abrirse y á brillar como la flor: mas, ¡cuánto dura este brillo! ¡me diréis que muchos años? ¡Pero qué son estos largos años, comparados con los años eternos? ¡Ah! “El brillo del hombre pasa como la flor del heno.”⁴

¹ Job. XIV, 1 et 2.

² Moral. XII, 50.

³ Ps. CII, 15.

⁴ Ps. CII, 15.

En el orden de la naturaleza, hay flores que no parecen hechas sino para recrear la vista y no para dar fruto; en el orden de la gracia lo que se busca y se desea en las flores es el fruto. Porque en verdad, ninguna virtud cristiana, ninguna santidad, puede permanecer estéril; siempre se espera de ellas lo que deben producir, esto es, obras buenas y santas. Por eso el Esposo de los Cantares habla de esta manera á su Esposa: "Veamos si las flores han producido frutos. *Videamus si flores fructos parturient.*"¹

Pues hay más todavía; esas flores de la Iglesia son de una naturaleza tan fecunda, que el Espíritu Santo las considera ya como frutos; y así lo vemos en el libro del Eclesiástico, donde dice: "Mis flores son frutos."²

¡Flores y frutos, virtudes amables, almas santas y angélicas, obras sublimes que la religión inspira! vosotras sois la gloria y el ornamento de la Iglesia; en vosotras se apoya, y con vosotras se consuía esperando su perfecta union con Jesucristo en el cielo.³ Tal es el pensamiento de San Bernardo al explicarnos estas palabras de la Esposa de los Cantares: "Sostenedme sobre las flores, y afirmadme con los frutos, porque desfallezco de amor."⁴ *Fulcite me floribus, stipate me malis quia amore langueo.*⁵

Así como la Iglesia tiene sus flores y sus frutos, así también cada alma debe tener sus virtudes que produzcan los frutos de buenas obras.

¡Ah Dios mio! ¡cómo me entristezco al fijar la vista sobre la árida tierra de mi corazón! Sin embargo, me acuerdo que allá en los primeros años de mi infancia se dejaban ver en él algunas flores; el candor, la sencillez, la fé sincera y la piedad que habia recibido de mi madre; mas se marchitaron al soplo de las tentaciones, y quedaron estériles. Haced, pues, ¡oh Dios mio! que esas virtudes reflorézcan en mi alma para que os dé buenos frutos.

IV.

El divino Esposo, hablando de sí mismo, dice: "Yo soy la flor del campo: *Ego flos campi.*"⁶

Jesús es ciertamente la flor por excelencia; así lo profetizaba Isaías cuando anunciaba su venida al mundo: "Saldrá una vara de la raíz de Jessé, y de esta raíz brotará una flor."⁷

Todos los expositores cristianos—dice San Gerónimo—están conformes en enseñar que la vara salida de la raíz de Jessé es María, y que la flor que salió de esta vara es Jesucristo.⁷ Sobre esta flor reposó el Espíritu Santo con toda la plenitud de sus dones, porque en ella habitaba la plenitud de la Divinidad. Jesucristo es una flor verdaderamente divina, porque Él es el esplendor de su Padre y la imagen de su sustancia.

¹ Cant. VII, 12.

² Eccli. XXIV, 23.

³ In Cant. serm. LI.

⁴ Cant. II, 5.

⁵ Cant. II, 1.

⁶ Isai. XI, 1.

⁷ In Isai. lib. IV.

Él es la flor del campo. *Ego flos campi.*¹ Mas hay esta diferencia, como hace notar San Bernardo, entre la flor de los jardines y la de los campos: la primera, tiene necesidad del arte y cultivo de los hombres; mientras que la segunda se produce naturalmente en los campos por medio de aquella virtud que tienen en sí mismos para engalanarse con ellas.

"¿Quereis saber—continúa hablando este Santo Doctor—cuál es el campo que el arado no ha surcado, que la azada no ha cavado, que el abono no ha enriquecido, y que sin embargo, se embellece con tan noble flor? El Patriarca Isac nos lo enseña, cuando bendiciendo á su hijo Jacob, le decía: Hé aquí que el olor de mi hijo es semejante al de un campo fértil bendito por el Señor.² La flor del campo, aun cuando no esté adornada de belleza, arroja su perfume."³

Jesucristo se llama propiamente flor del campo, porque Él no vino por artificio del hombre, sino saliendo del campo bendito por el Señor; mientras los justos y los santos se llaman flores del jardín, porque éstos sí han tenido necesidad del cultivo de la gracia.

O mejor dicho, como enseña San Ambrosio: "Solo Jesucristo es el que florece en nosotros. *Floret Christus in nobis.*"⁴ Su perfume se derrama en los Santos, y su belleza es la que resplandece hermoseando á sus Angeles.

V.

¡Oh Jesús! ¡oh flor divina! por todas partes se perciben vuestros perfumes. Yo los aspiro en vuestra santa palabra que escucho, en vuestros sufrimientos que medito, en la pureza de vuestra Santa Madre, en las virtudes de los Santos, y en las obras de vuestra Iglesia. "Llevadme tras de Vos, y al olor de vuestros perfumes, correré con amor en el camino de vuestros mandamientos. *Trahe me post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*"⁵

¹ Cant. II, 3.

² Genes. XXVII, 27.

³ In Cant. serm. XLVII.

⁴ S. Ambr. Com. lib. I, in Evang. Luc. cap. I.

⁵ Cant. I, 3.

II.

Mas si los lirios nos enseñan á confiar en la Divina Providencia, San Ambrosio asegura tambien, que ellos nos revelan por medio de su brillante y hermoso aspecto, una parte de los esplendores que Dios ha reservado á sus escogidos en el dia de la resurreccion de la carne.

“El mundo nos hace con frecuencia esta pregunta: ¿Cómo resucitarán los muertos y qué clase de cuerpos volverán á tomar?”

“Jesucristo compara el lirio á Salomon, revestido con toda la magnificencia de su gloria, y dá la preferencia al lirio. Pues si los lirios sobrepujan en belleza todo el brillo de la gloria humana, ¿qué no hará esa misericordia divina en favor de sus escogidos, cuando el mismo Señor dice de ellos: “Que serán semejantes á los Angeles del cielo?”¹

III.

Lo que distingue al lirio entre las flores, es su blancura inmaculada; por eso es el símbolo de la pureza, que es la más hermosa de las virtudes cristianas. “¡Oh Virgen purísima, Madre de Jesucristo!—exclama aquí el piadoso autor de la “Viña Mística”—“mira cómo tu flor sobrepasa y lleva tras de sí á las demás flores; ella es la que el Señor se ha dignado mencionar entre todas, adornándola con una gracia y un brillo singular.”²

Ya hemos dicho antes que las flores son ordinariamente el emblema de las virtudes cristianas; pero ninguna virtud llega á ser verdaderamente perfecta, si no está hermoseedada y enriquecida con la pureza.

Por esta razon vemos que dirigiéndose el autor del sagrado libro del Eclesiástico, á esas flores místicas ó celestiales, se explica en estos términos: ¡Oh flores, floreced como el lirio!”³

Pues este mismo fué el pensamiento de San Bernardo, cuando dijo: “Tanto de virtudes cuanto de lirios. *Quot virtutes, tot lillia.*”⁴

IV.

El lirio de la pureza.... Vamos á contemplarlo desde luego, en Aquel que es la pureza misma y el candor de la luz eterna.

Jesus no se contentó con llamarse únicamente flor del campo, sino que agregó estas palabras: “lirio de los valles. *Ego flos campi, et lillium convallium.*”⁵

1 S. Mar. XII, 25.—Ambr. ibid.

2 S. Bern. Vit., Mit., Tract. de Pass. Dom. cap. XXVII.

3 Eccli. XXXIX, 19.

4 S. Bern. ubi. sup.

5 Cant. II, 1.

EL LIRIO.

La única flor de que ha hecho mención Jesucristo.—Belleza del lirio.—Confianza en la Providencia.—Gloria de los elegidos en el dia de la resurreccion.—La pureza.—Jesucristo es el lirio por excelencia.—Las almas santas.—La Iglesia.—María.—Jesus se alimenta entre los lirios.—María y Marta.—La Eucaristía.

I.

ENTRE las flores, el lirio es preferido en la Santa Escritura. Ella pone á nuestra vista este puro y brillante símbolo, y aun el mismo Jesucristo no se desdeña de citarlo como ejemplo en su Santo Evangelio.

“Contemplad—nos dice—á los lirios del campo.”¹

Considerándolos San Ambrosio, no puede ménos que exclamar de esta manera: “¡Qué hermosa blancura se deja ver en las hojas del lirio! Esta flor se levanta en su erguido tallo adornada de hojas, figurando en su cerco la forma de una copa y ocultando en su cáliz el oro purísimo, que parece quiere guardar en su seno para precaverlo de toda injuria. Cuando llegais á romper un lirio, en vano procurareis hacer otro igual, porque la mano del artista más hábil no se encontrará suficiente para llevar á cabo semejante obra, y nadie será capaz de imitar á la naturaleza para volver á hacer de nuevo y con todas sus propiedades esa bellísima flor, de la cual el mismo Señor ha dicho: “Que ni Salomon con toda su gloria pudo vestirse como uno de estos lirios.”²

Pues volviendo á tomar la doctrina que nos dá el mismo Jesucristo, continúa diciendo el Santo: “Que Jesus escoge el ejemplo de la flor, el ejemplo de un sér irracional, que con su divino poder se complace en vestirlo “y adornarlo con magnificencia, á fin de hacernos comprender mejor que la criatura racional, que es el hombre, podrá esperar sin presuncion, tanto como una flor, los socorros de su bondad y de su misericordia infinita.”³

1 Mat. VI, 28.

2 Luc. XII, 27.

3 S. Ambr. Hexam. lib. III, cap. 8.

Este es aquel lirio divino que nos hace contemplar San Bernardo, diciéndonos: "Ved cómo de su seno se levantan esos cetros de oro que le rodean; él mismo es de una blancura sin igual y tiene la forma de una corona. En su conjunto ¿no reconocéis el oro de la divinidad del Salvador, con la corona de la pureza que conviene á su naturaleza humana? Sí, es Jesucristo llevando la diadema con que su Madre le ha coronado."¹

Jesucristo es lirio...
Desarrollemos con San Bernardo este pensamiento. "En Jesús, y al rededor de Él, todo es lirio; y por esta razón Él mismo ha tomado este nombre: su concepción y su nacimiento, su vida, sus milagros, su palabra, su muerte, su resurrección y su ascensión, nada hay en Él que no nos recuerde la blancura y el aroma de los lirios. La virginidad de su purísima Madre, la inocencia de su vida, la pureza de su corazón y la rectitud de su palabra son otros tantos lirios, cuya fragancia y blancura han podido contemplar los hombres que tuvieron la incomparable dicha de conocerla."

"En cuanto á nosotros, que no alcanzamos todavía la felicidad de ver á Jesús con nuestros propios ojos, tenemos al ménos, en los misterios de su vida y de su muerte, el regalado perfume del lirio, esto es, el aroma de la fé que tanto nos regocija y nos consuela."²

Jesucristo es semejante al lirio, y nadie puede ser amado de Él si no se hace participante de su naturaleza. Oigamos lo que Él mismo nos dice: "Como el lirio entre las espinas, así es mi amada entre las hijas de Sion."³ "El alma santa es un lirio, pero un lirio rodeado de espinas. Porque efectivamente—sigue hablando San Bernardo—¿cuál es el alma que estando unida á esta carne mortal, no está rodeada de espinas, puesto que tiene el martirio de las penas, de las tentaciones y el aguijón de los sufrimientos? Por lo mismo, ¿cuánta debe ser la vigilancia de este lirio, que puede herirse con la más pequeña espina? ¡Oh lirio, oh flor blanquísima, tierna y delicada entre las demás flores, precaveos del mundo que está lleno de espinas!"⁴

Pero como la Esposa y la amada de Jesucristo, es principalmente la Iglesia, también es muy justo—dice á su vez San Ambrosio—que la comparemos con el lirio.

¹ In Cant. serm. XLVII.

² Loco cit. Div. Bern.

³ Cant. II, 2.

⁴ In Cant. serm. XLVIII.

"Las virtudes sublimes y las obras perfectas de los Santos, la rodean con un brillo y una blancura purísima, semejante al de esta flor. Y las espinas la cercan por todas partes, punzándola ya con las doctrinas de la herejía, ya con las exigencias inseparables del carácter del siglo en que vive."¹

VII.

¿Cómo hablar tanto del lirio, sin acordarse de María? Ella es la gloria de Jerusalem, el honor del pueblo cristiano y la más pura de las vírgenes. Ha sido la criatura más amada del Salvador, y por lo mismo, era aquel lirio divino que más presente tenía, cuando dijo: "Como el lirio entre las espinas, así es mi amada entre todas las hijas de Sion."²

Las espinas que rodearon á María fueron aquellos sufrimientos de que vino á participar en el mundo juntamente con su divino Hijo; mas la espina del pecado jamás tocó á esta Virgen Santísima, porque ella sola es la inmaculada, por no haber contraído ni la menor mancha de culpa.

¡Oh María! ¡ó lirio purísimo y sin mancha! todas las gracias nos vienen por vuestro conducto: alcanzados de vuestro divino Hijo aquella gracia particular que podrá asemejarnos á Él y á Vos, esa gracia cuya virtud está simbolizada en el lirio: la gracia de la pureza.

VIII.

Quando el alma fiel exclamaba con amor en los sagrados Cantares: "Mi amado es para mí, y yo para él"—agregaba:—"Para aquel que se alimenta entre los lirios."³

San Bernardo interpreta admirablemente estas palabras. Él nos presenta desde luego al Verbo eterno que reinando sobre los astros, se dignó por medio de su encarnación venir á habitar aquí abajo entre los lirios. "Allá en lo más alto de los cielos—nos dice—ese Verbo divino es el Dueño y el Señor soberano; mas al descender, entre los lirios se hizo nuestro muy amado Esposo."⁴

Después este Santo Doctor se pregunta: ¿cuáles son los lirios entre los que Jesucristo se complace habitar, y de los que está escrito que se alimenta en medio de ellos? y responde de esta manera:

"Uno de los días de su vida mortal, quiso el Salvador sentarse á la mesa de las hermanas Marta y María. ¡Oh! si en ese momento solemne hubiera entrado en aquella sala del festín un Ángel ó un Profeta, admirándose de que todo un Dios se comunicase y tratase así con las almas

¹ Com. lib. VII, in Evang. Luc. XII.

² Cant. II, 2.

³ Cant. VI, 2.

⁴ In Cant. serm. LXXI.

“castas y humildes, aunque revestidas de un cuerpo mortal, no hubiera podido decir: que había visto al Señor alimentándose entre los lirios? “¿Pascitur inter lilia?”¹

Señor, Vos podeis venir frecuentemente á mi corazon, porque en el Sacramento de vuestro amor habeis dispuesto un divino banquete, donde Vos sois á la vez el que convida y el que alimenta; ¿pero es acaso mi alma bastante pura para recibiros, y para que vengais á habitar en ella como entre los lirios...? Cread, Señor, en mí aquellas virtudes que no tengo y que tanto necesito; hacedme semejante á aquellas hermanas, cuya hospitalidad os fué tan grata; fervoroso para amaros y pidiros como María; activo y diligente en serviros como Marta, para que ayudándome con vuestra gracia, procure imitar á esos dos lirios, á fin de que os hospedeis con agrado en mi corazon, cuando por vuestra bondad sea admitido entre los convidados al banquete Eucarístico.

...esta simbolizada en el lino: la gracia de la pureza.

VIII

...después este Santo Doctor se pregunta: ¿cuáles son los lirios que en el mundo se encuentran? y responde de esta manera: “Uno de los días de su vida mortal, quiso el Salvador sentarse á la mesa de las hermanas Marta y María. ¡Oh! si en ese momento solamente hubiera estado en aquella sala del jardín un ángel ó un profeta, admitiera que todo un Dios se comunicase y tratase así con las almas...

1 S. Bern. in Cant. serm. LXXI.

...Belleza de la rosa.—Corona del impío.—Las rosas inmortales.—Las espinas de la rosa. La sangre y las llagas del Salvador.—La rosa mística.

LA ROSA.

Belleza de la rosa.—Corona del impío.—Las rosas inmortales.—Las espinas de la rosa. La sangre y las llagas del Salvador.—La rosa mística.

I.

DIOS, que es la bondad infinita, ha querido embellecer las obras de sus manos. Mas entre las criaturas inanimadas, ¿hay alguna bajo este aspecto más favorecida que la rosa? Cuando se levanta sobre su delicado tallo meciendo en el aire su corona de púrpura, y engalanando un jardin, no podemos menos que decir: la rosa es la reina de las flores.

Mas ¡ay de mí! mientras los objetos creados aparecen á nuestros ojos con más brillo y hermosura, más fácilmente nos apegamos á ellos con el mayor placer: en lugar de que esos objetos se dedicaran á la gloria del Creador, hacemos que nos sirvan como de juguete para satisfacer nuestras culpables pasiones.

Porque hay rosas destinadas á este fin, usan los impíos de aquel lenguaje que se registra en el sagrado libro de la Sabiduría. Coronémonos de rosas antes que se marchiten. “Coronemus nos rosis antequam marcescant.”¹ Mas estas rosas no formarán para ellos más que una efimera corona.

II.

Es verdad... las rosas de nuestros jardines no duran más que un dia; y como las demás flores, nos enseñan la fragilidad de la vida y lo vano del mundo. Pero ya dejamos dicho que las flores del jardin de la Iglesia tienen imperecedero brillo, puesto que nos simbolizan la belleza invisible. A estas rosas inmortales se compara la misma sabiduría divina, cuando dice que: “Ella se levanta como la palma de Cades y como el plantío de rosas en Jericó.”²

1 Sap. II, 8.
2 Eccli. XXIV, 18.

Y dirigiéndose á las almas fieles que siguen sus enseñanzas, las asemeja con las rosas y los lirios, diciendo: "Frutos divinos que escuchais mis palabras, fructificad como la rosa, floreced como el lirio."¹

III.

La rosa tiene espinas. Este simbolo, que con tanta frecuencia se encuentra aplicado á la vida del hombre, no se ha escapado á las investigaciones de los Santos Padres.

San Ambrosio nos representa la rosa creada en un principio sin espinas allá en el Paraíso terrenal... y entonces—dice—que esta flor bellísima sobre todas las otras, se abrió en la Primavera sin amenazar la mano que quería cortarla; pero de repente vió que las espinas rodearon su gracioso cerco de hojas, y el día de hoy, la rosa es una imágen de la vida presente, en la que si se prueban dulzuras, también se sienten las espinas de las inquietudes y zozobras que le son inseparables.

"En medio de nuestras prosperidades y bonanzas, y cuando nos sonríe la fortuna, necesario es que nos acordemos del pecado; porque si bien es cierto que nuestra vida se asemeja entonces á la fresca flor gozando de las delicias del paraíso, también lo es que se ve rodeada de las espinas del castigo. De nada te sirve; oh hombre! que hagas alarde del esplendor de tu nombre, de tu poder ó de tu virtud; las espinas están siempre cerca de tí: baja los ojos, mira al suelo, tú no naces sino entre espinas; tu gloria será pasajera, y al paso que vaya creciendo tu flor, se marchitará."²

San Gregorio también aplica este simbolo á la Iglesia de Jesucristo, donde los malos se mezclan con los buenos, y los pecadores con los justos. "Así crece—dice el Santo—la perfumada rosa con las espinas."³

¡Dios mío! ¡apartad de vuestra Iglesia tantas espinas como la punzan, y no dejéis más que el delicado perfume y la hermosura de la rosa.

IV.

Así como encontramos semejanza entre el lirio y Jesucristo, porque Él es el candor de la luz eterna, también la hallaremos entre la rosa y Jesús, á causa de su pasión.

Ya hemos visto que los Santos Padres, enumerando las flores de la Iglesia, nunca se olvidaron de las rosas del martirio. Mas ¿ha habido acaso alguno que pueda compararse con el que por amor nuestro sufrió el Rey de los mártires?

¹ Eccli. XXXIX, 17 et 19.

² S. Ambr. Hexam. lib. III, cap. 9.

³ Hom. in Evang. lib. II, hom. XXXVIII.

En su tratado de la "Viña Mística," el piadoso continuador de San Bernardo compara á Jesucristo con la rosa teñida con la sangre de su pasión, brillante y llena de hermosura con el fuego de su divino amor.

"Contemplad—nos dice—esta divina rosa donde el amor y la pasión se disputan en darle su vivo brillo y su color purpurino: éste lo toma sin duda de la sangre que corre de las llagas del Salvador."

Pero Jesús no sufre sino porque ama. Así como durante el frío de la noche, la rosa permanece cerrada y no comienza á abrirse sino en la mañana al despuntar la aurora, así también esta flor deliciosa, que es Jesucristo, ha parecido cerrada por el frío de la noche, esto es, por el pecado del primer hombre; mas luego que hubo llegado la plenitud de los tiempos, se abrió súbitamente al impulso del sol ardiente del amor.

Encontraremos tantas rosas en el Salvador Divino, cuantas son las llagas que tiene en su cuerpo... Mirad sus piés y sus manos: ¿no descubris en ellos otras tantas rosas? Mas contemplad, sobre todo, la llaga de su corazón entreabierta en su costado...!

Aquí es más encendido el color de la rosa, á causa de la agua que corrió con la sangre, cuando este costado fué herido por la lanza.¹

V.

La Santa Iglesia se complace en aplicar principalmente á María, el simbolo de la rosa, llamándola en sus letanías: "Rosa mística. *Rosa mystica.*"

Si nos ponemos á contemplar las cualidades y belleza de la rosa, ¿quién merecerá mejor ser llamada así, que aquella cuya singular belleza es superior á la de todas las criaturas? "*Formosa mea.*"²

Y si los colores de la rosa nos traen á la memoria los martirios y la sangre de Jesucristo, ¿no nos harán también recordar á María, contemplándola al pié de la cruz? La sangre preciosa de su amado Hijo corrió ahí con abundancia sobre ella, y ella la recibió con amor... ¡Oh lirio purísimo, que veniste á ser una rosa con la efusión de tan divina sangre!

Procuremos ahora unir nuestro pensamiento con el de los Santos Padres, quienes aseguran que el pecado hizo caer las espinas en el tallo de la rosa. María es bellísima y sin mancha, jamás fué contaminada de la culpa, y por lo mismo, podemos considerarla como una rosa sin espinas.

¡Oh rosa misteriosa, llena de gracia y de celestiales encantos! Vos que sois el adorno que más hermosea á la Iglesia Santa, sed también el adorno que engalane mi corazón; y mientras los impíos se coronan con rosas que se marchitan, dadme aquella belleza inmortal que sabe cautivar los ojos del Altísimo.

¹ Vin. Myst. in Tract. de Pss. Dom. cap. XXXVIII.

² Cant. II, 10.